

Alguien puede pensar al leer el título que me pasé tres años como turista o como misionero por tierras africanas en la ciudad de Casablanca situada en el oeste de Marruecos; y no, ni me apetecía ni he pasado nunca el estrecho. Se refiere a mi feliz estancia junto con los seminaristas mayores en una casa seminario que tenían los Padres Paúles en el barrio de Casablanca en Zaragoza. Las exigencias académicas para poder impartir las diferentes asignaturas a los alumnos en los Colegios se iban endureciendo de acorde con los cambios que iba sufriendo la sociedad. Los Hermanos debían tener los títulos universitarios para poder impartir sus asignaturas. No podían salir los hermanos jóvenes de los seminarios con una formación llena de muy buena voluntad y de absoluta entrega pero excesivamente básica, recién terminado su bachiller; tendrían que tener al menos el título de Magisterio para poder comenzar su labor apostólica y su vida comunitaria en los Colegios.

Desde hacía algunos años se había planteado que nuestros formandos no salían de Alsasua lo suficientemente preparados para comenzar una vida de comunidad en nuestros Colegios. El “salto” entre un seguimiento muy cercano en la casa de formación y una vida en la que prácticamente se confiaba en la madurez del Hermano joven estaba dando pie a que bastantes no lo asimilaban bien; las comunidades no estaban muy felices con la actitud de los jóvenes que comenzaban su apostolado, no se les atendía de cerca y varios abandonaban el camino emprendido desde niños. Se habían intentado algunas experiencias: en principio era el Director quien debía preocuparse de los jóvenes pero, aunque con su mejor buena voluntad, no tenía apenas tiempo; constituir una pequeña comunidad de hermanos jóvenes, dentro de la comunidad general, con un Hermano que les atendiera de una manera especial; nombrar un Hermano que les visitara a menudo durante el curso... Todas estas experiencias no terminaban de cuajar

Era necesario buscar algún sitio para atender a los hermanos jóvenes que terminaban sus estudios y su formación en Alsasua; había que encontrar alojamiento para unos quince/veinte jóvenes que iban a empezar sus estudios de Magisterio y a seguir unos cursos de formación teológica. Se nos presentaban varias opciones y muchos interrogantes. ¿Aprovechar la casa de La Granja que todavía no se había dejado?, ¿alquilar algunos pisos en una ciudad?, ¿aprovechar algunas dependencias en algún Colegio?. Era un asunto pendiente que tenía el Consejo Provincial, no se podía demorar y se debía resolver durante los primeros meses del 82 para poder empezar una nueva etapa en septiembre de ese mismo año. Formaba parte del Consejo y me inclinaba por llevar a los hermanos jóvenes a nuestra casa de La Granja; no sabíamos las condiciones, principalmente económicas, que iba a poner el Patrimonio Nacional para renovar el contrato y seguir utilizando la finca.



*Restos del olmo de santa Cecilia*

Desde que entramos en Santa Cecilia en el 64 se habían hecho muchas mejoras tanto en el palacete como en la propiedad; se había invertido un capital nada despreciable, habían pasado muchos hermanos que guardaban felices recuerdos de su estancia con los seminaristas pequeños. Me daba pena que todo eso se perdiera si se terminaba nuestra estancia. Recuerdo que en el Consejo no veían nada claro “encerrar” en la

finca de La Granja a unos hermanos jóvenes que debían salir todos los días a cursar sus estudios de Magisterio en Segovia. Me dio un poco pena pero después de razonar, de ver los pros y los contras, de dialogar entre todos se desechó mi propuesta; había que seguir buscando alguna solución. Pronto tuve que reconocer, me di cuenta, que hubiera sido un tremendo error meterse en la aventura de preparar un seminario mayor en la finca de La Granja.

Los aspirantes a la vida religiosa en todas las Congregaciones ya no eran tan numerosos y se iban quedando vacíos los seminarios tanto de pequeños como de mayores. En alguna reunión de Provinciales se nos ofreció una antigua casa de formación de seminaristas mayores, adosada a la Parroquia, que regían los Padres Paúles en el barrio de Casablanca en Zaragoza; no era muy grande pero nos pareció muy suficiente para nuestra necesidad; tenía unas veinte habitaciones podíamos ocupar los pisos tercero y cuarto además de los servicios de cocina, comedor, lavandería un pequeño campo de deportes dejando un piso, el segundo, para los tres o cuatro Padres Paúles que siguieron residiendo allí; prácticamente no había que hacer obras. Y a principios de septiembre se abrió la nueva Casa de Formación para los escolásticos mayores en el barrio de Casablanca, en Zaragoza. Tenía la ventaja que estaba muy cerca de la Escuela de Magisterio y de nuestro Colegio del Moncayo en el que podían realizar algunas prácticas.



*Residencia de Casablanca*

Quizás por mi experiencia en las Casas de formación o porque una vez acabado el año medio sabático de que había disfrutado estaba libre, me nombraron Superior y administrador del nuevo seminario; y aquí me encuentro otra vez “fundando” una nueva comunidad. Los comienzos fueron mucho más fáciles, por supuesto, que los inicios en La Granja; en Casablanca estaba prácticamente todo organizado para poder empezar a funcionar desde el primer día. Las estancias no eran muy grandes; nos pareció conveniente mantener los grupos del noviciado y formar dos grupos que se ubicaban uno en cada piso; nos juntábamos en la Capilla. Para nuestros gastos dependíamos de la Administración del Colegio de La Mina y nunca tuve el menor problema.



*Hermanos jóvenes de Casablanca.- Excursión a Benasque*

Mi vida en este nueva “encrucijada” había dado un cambio enorme; sí que estaba en una casa de formación, sí que debía ocuparme del seguimiento de los hermanos estudiantes, pero, al ser menos y tener el día dedicado a sus estudios de magisterio fuera de casa, no me exigía tanto tiempo como en mis años de Alsasua. Tenía muchas horas libres como hacía muchos años no había tenido. Por eso y de acuerdo con el Director del Colegio de la Mina ofrecí mis servicios para lo que pudiera ser útil. Solamente puse una condición: a poder ser que las horas de la tarde las pudiera dedicar a mis obligaciones en Casablanca.

Me asignaron unas quince horas a la semana y daba las asignaturas de Religión, Matemáticas y Ciencias Naturales en un 1º de BUP; y Matemáticas en un 2º de BUP. Desde mis años de “maestrillo” en Guernica (habían pasado casi treinta años) no había tenido contacto con alumnos que no fueran seminaristas. No tuve ningún problema para hacerme con ellos, llevaban muchos años en el Colegio, eran disciplinados y abiertos; no sé por qué (no me lo explicaron) en mis charlas con ellos me llegaron a decir que me veían diferente a los demás Hermanos que conocían en el Colegio, quizás era porque estaba menos “gastado”, menos visto.

Antes de empezar las clases en septiembre y tomar contacto con ellos, un domingo muy de mañana me llamó mi hermana para decirme que mi madre no se encontraba muy bien, que habría que llevarle al médico cuanto antes. La llamada me dio que pensar porque no me solían avisar con tanta urgencia y además durante el verano había pasado varios días sin observar nada especial; solamente que iba cumpliendo años y andaba más torpe. Me puse en camino y llegué a San Sebastián un poco antes del mediodía; mientras le servía la comida a mi madre, y le ayudaba, me comentó que prefería irse a la cama, que no se encontraba bien; la llevé del brazo y cuando la apoyé en la cama para que se recostara noté una mueca muy rara: un ictus le estaba paralizando la parte derecha e inmediatamente otro le paralizó la parte izquierda y en ese momento comprendí que acababa de fallecer en mis brazos; inmediatamente le di la absolución.

A poco llegó el médico y certificó que había fallecido de una manera suave y tranquila, prácticamente sin sufrimiento alguno. Era el 12 de septiembre de 1982. Se celebraron los funerales al día siguiente en la catedral del Buen Pastor, parroquia a la que pertenecía la familia desde que mis padres contrajeron matrimonio. Estoy muy agradecido a la presencia y acompañamiento de muchos Hermanos así como los profesos jóvenes que vinieron de Alsasua y se encargaron de dirigir la ceremonia. Como es natural se me hizo bastante duro y conmovedor pronunciar la homilía en la Misa funeral por mi buena madre.

Tuve que retrasar más o menos una semana el primer contacto con los que iban a ser mis alumnos. Me encontraba en la plenitud de mis facultades, de mis ilusiones, sueños y proyectos. Aunque estaba con ellos solamente por las mañanas los tres años que estuve dando clases en el Colegio, fui tutor de los diferentes cursos. Parece que ahora hubiera sido imposible porque en general los padres que quieren cambiar impresiones con el tutor suelen elegir las horas de la tarde: entonces apenas algún padre solicitaba una entrevista; teníamos una reunión a principio de curso y con eso se conformaban. Recordando mis años de alumno me atreví a representar con ellos una obra de teatro que según “críticos” y después de muchas horas de ensayo fue del agrado de padres y compañeros. Organicé varias excursiones recreativo-culturales: recogida de minerales en algunos pueblos cercanos a Zaragoza cuyos nombres ahora no recuerdo, fuimos también a Madrid al Museo de Ciencias naturales, al Parque de Atracciones que era una novedad para los alumnos ya que en Zaragoza no había por aquel entonces.

El capellán del Colegio, con el que era muy fácil entenderse, se vio muy contento con la ayuda que le podía prestar. Me ocurría lo mismo que en las clases. Nunca había dirigido Eucaristías ni pronunciado homilías a nadie exceptuando los seminaristas: en el Colegio me tuve que hacer cargo de los primeros viernes, Confirmaciones, primeras Comuniones, despedidas de curso y tristemente también algún funeral. Animado por el Director, ofrecí a algunos formar un grupo de oración y me sorprendió la respuesta positiva; nos reuníamos los lunes durante una hora más o menos después de las clases de la tarde; tuvo continuidad

durante los tres años que estuve. Intenté a más de uno entusiasmarle con la vida de Hermano pero parece que Dios no les llamaba por ese camino.

Pasé momentos difíciles en el funeral por un alumno que falleció en un accidente de moto un fin de semana. Esa tarde en su pueblo con algún amigo también interno y de su misma edad jugaban con la moto por los caminos a hacer el “caballito”; en una de esas le venció el cuerpo, cayó hacia atrás con tan mala suerte que se desnucó. El lunes por la tarde asistí con sus compañeros de clase, muy impresionados y silenciosos, al funeral en su pueblo. Visité su casa, transmití el pésame en mi nombre, en nombre del Colegio y de sus compañeros; acompañé y procuré consolar a sus padres en esa situación tan triste.

Al cabo de una semana se organizó un funeral en el Colegio al que asistieron sus padres y su familia; presidí la Eucaristía y en la homilía intenté que nos uniéramos todos a la muerte de Cristo y sembrar la esperanza de una feliz resurrección; era un poco duro tener delante del altar a su madre que no podía contener sus lágrimas y su dolor. Unos días después regalaron al Colegio una cruz para que el recuerdo de su hijo estuviera presente; se colocó en el pasillo de la entrada donde están los despachos; durante muchos años estuvo allí expuesta y no sé si ahora sigue o la habrán colocado en otro lugar.

En las vacaciones de verano al acabar el primer año tuve que hacer frente a una operación de hernia de disco que la arrastraba hace varios años; para que no se complicara me recomendaron que no dejara pasar más tiempo y pasara por el quirófano. Entre una cosa y otra estuve en Madrid hasta pasadas las fiestas del Pilar; intenté faltar a mis clases y demás obligaciones lo menos posible estaba dando un quehacer extra a los que me tenían que sustituir en las clases. Cuando me vieron de nuevo los alumnos les agradó mi presencia. Tengo muy buen recuerdo de aquellos tres años en los que simultaneaba mis deberes en Casablanca con las clases en el Colegio. Guardé cierta relación amistosa con algunos alumnos y cuando se hicieron mayores me fueron llamando para presidir sus ceremonias de matrimonio, el bautizo de sus primeros hijos...; ahora, ya cincuentones, nos quedan solamente las felicitaciones de Navidad.

H. Luis María García